

Precariedad y persistencia



Maite Pérez Larumbe

PRECARIEDAD Y PERSISTENCIA

MAITE PÉREZ LARUMBE

PRECARIEDAD Y PERSISTENCIA



Título: PRECARIEDAD Y PERSISTENCIA

Autora: MAITE PÉREZ LARUMBE

© Del texto: MAITE PÉREZ LARUMBE

© De la ilustración de portada: IRENE SUBIZA PÉREZ

© De la fotografía: JULIA SUBIZA PÉREZ

Edita: GOBIERNO DE NAVARRA

Instituto Navarro para la Igualdad

C/ Estella, 7, Entreplanta, izda.

31002 Pamplona

Teléfono: 948 206 604

www.igualdaddegenero.navarra.es

Promociona y distribuye: FONDO DE PUBLICACIONES

C/ Navas de Tolosa, 21

31002 Pamplona

Teléfono: 848 427 121

Fax: 848 427 123

fondo.publicaciones@navarra.es

www.navarra.es/publicaciones

Diseño y maquetación: M. AOIZ

Imprime: IMPRENTA ZUBILLAGA

Pol. Indust. Talluntxe II, calle G, nº 4

31110 Noáin. Navarra

ISBN: 978-84-235-3076-2

Depósito Legal: NA-1.497/2009

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------|----|
| Dominical desazón | 13 |
| Primera conciencia | 14 |
| Post-it | 15 |
| Escribir un poema | 16 |
| La línea 12 | 18 |
| Simplicidad | 19 |
| Estupidez | 20 |
| A X, y a otros y otras como X | 21 |
| Libros de autoayuda | 22 |
| Generación | 23 |
| Me tengo | 24 |
| Amistad | 25 |
| Ciruelo japonés | 26 |
| Ubi sunt | 27 |
| Sopa y hermanas | 28 |
| Maternidad y precisión | 29 |
| Abuela | 30 |
| Alumnos | 31 |
| Nubes y claros | 32 |
| Malas palabras | 33 |
| Crítica del amor puro | 34 |
| Lilas | 35 |
| Seres vivos | 36 |
| Trankimazín | 37 |
| Género | 38 |
| Detrás de un gran hombre | 39 |
| Una mirada atrás | 40 |
| Imprecación | 41 |
| Matices | 42 |
| Historia y coartadas | 44 |
| Delicatessen | 45 |

| | |
|-----------------------------|----|
| Endorfinas..... | 46 |
| Me sobrellevo | 47 |
| Tristeza | 48 |
| Fondo de armario | 49 |
| Los tacones del drama | 50 |
| Ataraxia | 51 |
| Puya Raimondii | 52 |
| Preguntas | 54 |
| La próxima vez | 55 |
| Estenoreste | 56 |
| Teleología | 57 |
| La frontera | 58 |
| La zarza ardiente | 59 |

A Javier y Tere

A Javier, Camino, Mirentxu, Ignacio y Amaia

Dominical desazón

Ese silencio espeso
es de betún o breá.

Un engrudo que trepa por las sillas,
llena los vasos y mancha los cristales.

Es puntual a su cita
y se desliza sucio la tarde del domingo,
a eso de las ocho en primavera
y algo antes en invierno.

Abismo del lunes que, total, luego no es para tanto.

Primera conciencia

Suena el despertador.
Varios pesados fardos me esperan en la puerta.
Día tras día, debo cargarlos antes de salir,
no conozco otra forma de llegar a la noche.
Otras veces, paso sin percibirlos
y el pasillo conduce a la mañana
y siempre tengo fuerzas.

Post-it

Ocho treinta entregar informe
Preparar clase tarde
Buscar plano casa tomada / 15 fotocopias
Pedir hora dentista
Comprar fruta y pescado
Contestar correos
Comprar amigo invisible
Pantys marrones
Reunión a las siete

Escribir un poema

Uno no dice: "Estuve en Singapur".

Uno rebusca en la memoria –no suele ser el caso–
o corre a google

y encuentra un nombre propio e inventa un escenario,
por ejemplo, Loong y una tienda de pájaros.

Lo he dicho así, a voleo.

Luego, elige una especie, atrévete,
un casuario, y describe el barullo:

"En la tienda de Loong, en Tuas, junto al canal,

o al mercado, lo que sea,

antes o después de... mientras... ¿llovía?,

tú llevabas... ¿qué más da?... unas sandalias blancas,

la vieja polaroid...", (esto sugiere un pasado en común,

¿es lo adecuado?), ¿tal vez un abanico?

Tú decides.

El lector, pobrecillo, traga entero tu viaje a Singapur,

tu curioso carácter de viajero,

a Loong y su pajarería,

te añade por su cuenta un pantalón de lino

y un pañuelo en el cuello,

se come todo junto y se muere de envidia

y piensa, desgraciado, que escribes como dios.

Uno tampoco ha de decir: "He echado un polvo".
No de ese modo.

Encabeza el poema: un poco de humo y jazz, un nombre propio,
mejor los de dos sílabas, escuetos, poderosos.
No hay ninguna razón pero es así.

Olvida los navíos, los mares,
quita de en medio el faro, qué vulgar.
Aléjate de ensenadas o valles y colinas,
huye como del diablo de las grutas y por favor,
no menciones reptiles y mucho menos toros.
Fuera el recurso al atlas, fuera la religión, ni transfiguraciones
ni sacramentos varios.
Tampoco te me pongas pagano, está muy visto.
No hables de carne. Céntrate en el contexto.
Insinúa que algo hubo y no fue mal.
Es suficiente.
Si el poema funciona, el lector sabrá hacer lo que proceda.

La línea 12

El autobús de la línea 12 para cerca de casa.
Ermitagaña-Mendillorri, leo antes de montar y eso me tranquiliza.
Es el mío, sonrío, y sigo sonriendo mientras me conduce
por una línea roja, que nadie ve y él recorre como todos los miércoles
nieve o luzca el sol. Le da lo mismo.
Yo me dejo llevar, porque el destino es siempre luminoso.
Soy la única pasajera de todo el autobús
que corre presurosa hasta una bajerita
donde todos los miércoles hablamos de la vida.
Cualquiera que vigile desde fuera
pensará que leemos. Todas llevamos libros. Es una tapadera.
Dos años, qué rápido se dice,
cada uno de sus miércoles un regalo exquisito
al final de la línea rosada...
Hemos reído mucho.
También, seguramente, nos hemos sorprendido emocionadas
y nos ha traicionado la voz en una línea.
Los libros nos hablan de nosotras.
Larga vida a los libros.
Larga vida, queridas.
Ha sido un gran placer todos los miércoles.
Una definición sería esta: miércoles, día de gracia,
mañana en que todo es posible.
A partir de ahora, cuando vea la doce ya no podré dejar de sonreír.
Pensaré qué privilegio atracar cada miércoles en esa bajerita
donde se hablaba, y cómo, sobre la vida misma.

Simplicidad

Mientras A trata de mostrarse capaz
y afila su argumento minucioso,
me divierto: ignora que le atiendo interesada
por esa suave arruga que marca su entrecejo.
Del mismo modo, B jamás conseguirá
un lugar en mi afecto. Su cara es una estepa.
Me miro y me sorprendo.
¡Cuánta frivolidad y qué profunda!
Me atrevería a afirmar
que algún departamento de una universidad anglosajona
debe de estar poniendo nombre a esto.

Estupidez

Fulano, eres más tonto que pichota,
por más currículum y más duda metódica
que luzcas cuando no hallas
la feliz frase hecha que te salva del caos.
Eres tonto, Fulano, y a tu edad
estos padecimientos se hacen crónicos.
Resignación pedimos a lo alto los que te soportamos,
y para ti, un poco de silencio.

A X, y a otros y otras como X

Como no necesita de mi aprecio,
X hace con lo mío lo que quiere.
Retuerce, olvida, aleja...
Es un ser libre y no se casa
más que con su criterio soberano.
Y yo, haciendo ejercicios de autoestima.

Libros de autoayuda

Leí alguno que otro.
Los hay buenos y malos, los más, repetitivos.
Ya me he quitado de libros de autoayuda. No sirven.
O muy poco.
Descubrí, por ejemplo, lo de hacerse un regalo.
De vez en cuando,
ni muy de tarde en tarde ni compulsivamente.
Una puede elegir celebraciones o consolaciones.
No estuvo mal, hasta que lo vi claro:
siempre me regalaba libros, flores...
me daba unos sanjordis tremebundos.
¡Qué tristeza condal!
¡Qué bochorno onanista!

Generación

La veo después de dos, tres años,
marco profesional, cordial, no más que eso.

Y de pronto, desborda lo común.

Delicia de la edad, confiesa: "estoy bien,
como nunca, a la mitad del recorrido, ya, por fin,
me tengo".

Cierto vértigo sí, que compartimos, porque el tiempo, líquido,
se escurre.

Asiento.

Un regalo del día.

Me tengo

Voy aprendiendo a poner límites.

Me tengo si no me desparramo.

Con cierta frecuencia reconozco: aquí toco el cansancio o la ira.

No pasaré.

Eso es un límite.

Intento sopesar qué doy y qué resguardo.

Difícil equilibrio.

No me eduqué para la solidez, sino para adquirir condición gaseosa y amoldarme al espacio.

En estas circunstancias,

el cerebro y los miembros están tan alejados...

Qué disparate creer por tanto tiempo la etérea fantasía.

Limito con el tiempo, el espacio, la voluntad, la duda.

Tengo fronteras. Soy un país pequeño.

Los países, por mínimos que sean, ocupan su lugar en el mapa.

Las masas de aire no, sólo en los telediaros.

Amistad

Felizmente,
alguien guarda de mí lo que no veo y lo juzga valioso
y encuentra un hilo conductor entre tanto ajetreo
y le pone mi nombre
y mi teléfono.

Ciruelo japonés

Querida, el árbol que decías es un ciruelo japonés.
También se llama ciruelo rojo, cerezo de Pissard...
Como ves, salta evolutivo de una especie a otra,
seguro de sí mismo y su presencia.
Conociendo tu pésima memoria para los nombres,
elige el más sencillo y olvídale si quieres.
Si un árbol se conoce por su fruto,
lo que importa es que recuerdes
que una mañana que pudiste pasar sin percibirlo
agradeciste su esponjamiento rosa en el paisaje,
cortaste dos ramas en flor, las regalaste
y después, sólo después,
te preguntaste cómo se llamaría aquel prodigio.
Ciruelo japonés, caricia, ojos abiertos...
Qué más darán los nombres.

Ubi sunt

K frente al mar de Zarauz
con su lánguido andar y su pelo de trépano,
B y su cohorte de rendidos muchachos,
los lirios del campo que ni se afanan ni hilan,
J M y sus viernes al teléfono,
R, que me quiso sin más y bien me quiso
y acaba de salir en el periódico
porque ha ganado un premio de cocina,
O, que me saluda si me ve en el autobús,
T, que no acertó a mirarme por más que lo intenté,
N y M, que no supieron ver o no quisieron,
A, que una vez confesó que me tenía miedo,
la era que paría un corazón,
el corazón que tanto me ocuparon.
Justo es decir, sin sentimentalismos,
que algo les deberé de lo que soy,
del asombro, del desorden que logra abrirse paso
y, cómo no, del hambre desbocada.

Sopa y hermanas

Homenaje a Wysława Szymborska

Sé que mis hermanas hacen sopa.
Una prefiere la sopa de pescado,
otra prepara y congela en porciones iguales
un caldo de cocido eficaz contra el frío,
la tercera me pidió la receta de la sopa juliana.
La mandé por email
con claras instrucciones con respecto al tamaño
de todas las verduras.
Si me piden, yo también les doy sopa.
Con el tiempo, las hemos adaptado,
aligeramos unas, probamos las especias.
Y sobre todo, hemos descubierto
cómo nos gusta que nos preparen sopa.

Maternidad y precisión

Queridos, os he dado la vida.

No la vuestra, que no es cosa mía y por lo tanto,

no hay mucho que decir,

salvo que existen llamadas de la especie o del momento

que una descubre e incorpora o simplemente acata.

Os he dado la mía, con sus años tan cortos y sus días eternos.

Eso sí que me afecta.

Sólo me salvaría de la enajenación que lleva aparejada

que el lenguaje fuera fiel a sí mismo y nadie utilizara la expresión

dar la vida

después de un tiroteo u otro hecho violento.

Eso es que te la quiten.

Abuela

¿Supiste alguna vez que tu nombre era griego
y significa la victoriosa, la triunfadora?

Yo te llamaba Niki y te reías.

¿Sabes que al mirarme en el espejo
veo dos arruguillas que son tuyas
y que jamás voy a llenar de botox?

¿Sabes que me operaron
y con la cicatriz se me borró del cuello
aquel lunar que tú y yo compartíamos
y que siempre pensé que me adornaba?

Sí que sabrás, cómo desconocerlo,
que en ocasiones hace falta llorar pero el cuerpo se niega.
Guardo una imagen tuya. Callaré tus palabras.

La recuerdo y las lágrimas fluyen con el calor de entonces.
Y te echo de menos largamente.

Alumnos

De vez en cuando, se atreven y preguntan y aciertan
y sólo por eso ya merece la pena preparar la clase,
pensar cómo he de sorprenderles,
cómo activar recónditos circuitos.

Así, el tiempo transcurre dejándose llevar por el suspense.

Nubes y claros

Dice mi horóscopo
que hoy la electricidad puede aguarme la fiesta.
No me inclino a creer que sea cierto
porque no veo fiesta por ninguna parte
y por regla general nadie me las prepara por sorpresa.
Si al final se estropea el horno o arde la tostadora
añadiré al desánimo la certeza de no haber percibido,
siquiera muy lejana, una música llamándome a bailar,
para olvidar por un ratito corto
que he de avisar a un técnico
y que me va a salir por una pasta.

Malas palabras

Aunque se deben conocer,
no pueden pronunciarse sin dedicar después el tiempo necesario
para desactivarlas. El tiempo que haga falta. Siempre.
Si vas con prisa ni las imagines.
Aprovechan la falta de atención para colarse.
Incondicionalidad, entrega, abnegación...
Apenas unas sílabas. Vitriolo.
No has de bajar la guardia.

Crítica del amor puro

No haré un tratado.

El tiempo apremia.

En todos los sentidos, esto es sólo un panfleto,
una octavilla que debería caer sobre la ciudad
desde dos o tres de los edificios más altos,
algo que todo el mundo, entrada ya la noche, llevara en el bolsillo
mientras las emisoras difunden el mensaje.

No existe el amor puro. No hay fusión. Somos solos.

Y tal vez, por qué no, un tanto palindrómicos y en consecuencia,
sanamente blindados por un costado y otro,
aunque esto no sea sino un noble deseo insatisfecho.

Cada quien deberá concederse el tiempo necesario
para nombrar lo que viene intuyendo desde atrás.

Y no nos engañemos,

habrá quien argumente en contra y nos restriegue en las narices
raptos inabarcables, décadas de amoroso desvelo,
coincidencia absoluta.

¿Habremos de contar las piernas implicadas en unión tan perfecta
para, dividiendo por dos, hallar los individuos?

No seamos duros. Que sueñen los ilusos falsas aleaciones,
nocivos extravíos.

Tú y yo pactemos. Una vez, la primera, y luego otra,
más tarde cientos, y otra vez y otra más,
hasta perder la cuenta sin perdernos.

Y sin perder la cuenta de quién somos.

Lilas

Llegan para mi cumpleaños.

Mañana, mi padre saldrá armado al jardín
con las viejas tijeras y hará un ramo de *Syringa vulgaris*,
del griego syrinx, flauta,
por sus ramas de médula esponjosa que pueden ahuecarse.
Mañana, mi madre las traerá y sobre la mesa,
expandirán su olor que me recuerda
que el tiempo pasa y mi voz se hace otra
conforme me vacío.

Si consigo vaciarme del todo, permitir paso al aire,
sonará la que soy, podré reconocerme.

En el filo de un año, entre dos ramos,
quiero pensar que estoy en el camino.

Seres vivos

Uno, nacen.

Dos, crecen.

Tres, se reproducen.

Cuatro, mueren.

Ninguna duda respecto a uno y cuatro.

Tres plantea un pequeño problema que se resuelve fácil si adopto la mirada de la especie:

algunos seres vivos no se reproducen

del mismo modo que otros lo hacen en exceso.

Dos es mi gran dilema:

¿admitiremos como seres vivos a aquellos que no crecen?

Preciso más:

¿admitiremos como seres vivos a aquellos que se niegan a crecer?

Esta es una preocupación más que científica.

Trankimazín

Mantén el tipo.

Posterga la gratificación.

Trabaja duro.

Ya llegará el momento del disfrute.

Como esos niños que pelan una a una las pipas de la bolsa para comerlas luego todas juntas (eso si antes no llega un tipo listo que no posterga nada y se las come o se caen a un charco).

Acabarás llevando en el bolsillo la feliz pildorita.

Ni angustia ni ansiedad, qué maravilla.

Ahora, tampoco esperes lucidez.

¿Acaso la tuviste?

Las pipas, de una en una, lo sabe todo el mundo,
y si no, venden pipas peladas.

Género

Antes había tres o cuatro
a un tiro de piedra.
También yo era más joven
y menos exigente y todo era posible.
Ahora, no acabo de encontrar.
No soy la única. Y en parte me consuela.
Hombres.
En algún momento dejaron de crecer,
nos dimos cuenta y esperamos
que al menos nuestras hijas
encuentren compañeros de su talla
para tomar café.
No digo que no haya, sólo que no los veo.
No me cabe duda de ningún género.

Detrás de un gran hombre

Detrás de un gran hombre puede haber cualquier cosa.

Una pared, un paisaje, un terapeuta, ¿qué más da?

Lo que importa es lo que tiene debajo.

Suelo es la única opción correcta.

Una mirada atrás

Estaba tan bien dicho todo aquello
que lo creímos al pie de la letra.
Nos tragamos hasta a los teloneros y trabajamos mucho.
Para mi corazón no bastó ningún pecho
ni todo lo que sigue, que es mentira.
Eso fue lo más grave.
No apareció la luz de un rojo amanecer por ningún sitio,
ni las tenazas de desalambrar, ni el cómplice total
codo a codo en la calle.
No hubo nada.
Nos comieron el tiempo con sus viejos laureles,
y sus macutos viejos que aún cuelgan a la entrada,
ellos, que se marcharon los primeros.
Que les den mucho olvido.

Imprecación

Que les den.

Que les den por el culo a todas juntas,

a la Polonesa opus cincuenta y tres,

a la leve gasa que levantaba el palpitante seno,

a Armando y Margarita,

que los jodan.

Que ya nos han jodido suficiente.

Matices

En mi ciudad todos buscan la paz.
Todos, alguna vez, nos hemos conmovido hasta las lágrimas
en público o en casa, ante el televisor.
Yo diría que todos muchas veces.
La mujer del pantalón marino que compra en el mercado
y la muchacha que atiende su pedido
han llorado, seguro, al mismo muerto.
Mi vecino y yo cada mañana
nos deseamos el día más fecundo,
como corresponde a seres que valoran
las aguas claras de la convivencia
y fían a las formas protectoras
afectos y pudores.
Nada me hace pensar que mi vecino
no desee la paz a todo el mundo.
Uno a uno, todos en mi ciudad la perseguimos,
pero no nos asiste aquella fuerza colectiva
que hizo resistir al invasor
o tirar las pequeñas murallas para alzar una grande,
o no fue así, y la historia, parcial, se lo ha callado
o en cualquier caso, siempre quedó alguien fuera.
Abiertos los caminos, todos queremos paz,
cada uno pegado a su currículo, en su lugar concreto,
con su lágrima autóctona.

Lloramos llantos llenos de matices, exactos,
limitados en el mejor sentido,
es decir, definidos, con su causa y su efecto y su terapia.

Cénit de las taxonomías, en mi ciudad
cunde el matiz en la exquisita punta de los razonamientos,
(la distancia que exige escribir un poema no me aleja del resto).

Si fuéramos pintores compondríamos un fresco prodigioso
donde la luz vendría a deleitarse.
En mi ciudad no faltan corazones delicados ni trabajo en equipo,
ni entereza, ni gentes admirables, hay de todo, obviamente.
Pero algo en mi ciudad exigua y mojjigata
nos desorienta y aleja el horizonte,
nos confunde y alguien alimenta
como a planta carnívora.

Historia y coartadas

Si uno no quiere aprender,
la historia nada enseña, es evidente,
pero da mucho juego.
Remóntese en el tiempo unos mil años y encontrará de todo.
Se hace todos los días.
Sin embargo, para las coartadas yo prefiero
un toque personal y creativo.
Eche imaginación.
A la larga y aun puestos a engañar,
es mucho más honesto.

Delicatessen

Paseo un humor triste
–lagrimón, borrón consecutivo–
y negro –pero me río tanto–
extremoso, punzante, quintaesenciado.
Como de primer premio
de concurso de pinchos.

Endorfinas

Concluyo. No segregó endorfinas.
No las suficientes.
Mira que lo he intentado.
Tal vez en la niñez.
Hasta que me alcanza la memoria he realizado ímprobos esfuerzos
con nulo resultado.
Recé, hice silencio durante largas horas.
No hubo mosca ni grillo ni ciempiés que no me distrajera,
ni lista de la compra que no hiciese
ni trilogía que no planificara.
Pero ni una endorfina, sólo sueño o sorda irritación y frío, mucho frío,
eran tiempos austeros.
Luego me di al deporte y otro tanto.
Mi cerebro no es el de los místicos ni el de los deportistas.
Atracones, apenas, no me gusta ir de compras ni me aferro a la red.
Así que busco desesperadamente algo que me secuestre,
me aleje de mí misma y me lleve en volandas,
a ser posible gratis y aquí cerca.
No pido mucho, ¿o sí?, pero palabra que lo necesito.

Me sobrellevo

Iba a decir que a estas alturas
ya no quiero ser buena.
No es que quiera ser mala, no, qué va...
A estas alturas,
basta con ser de cualquier modo,
sobrellevarme con humor,
fiarme un poco más de las primeras impresiones
y no contar a nadie que a menudo, sé lo que va a pasar,
y fiarme también, que luego siempre pasa.

Tristeza

Hoy he empezado un libro y he empezado un cuadro.
¿Se puede estar más triste?
Habrá gente normal que simplemente sea
y que le baste. Que viva atropellada
y encuentre un cuadradito verde y un resquicio de sol,
tome aire y resista los días sucesivos,
o quien, zen, aprecie cada trago como el único.
No es mi caso.
Yo, cada dos por tres,
añoro un cortinón de terciopelo
y una sala vacía donde se haya bailado hasta la aurora
y tras el baile se haya renunciado
en un gesto banal al amor de una vida.
Sólo para dejarlo atrás y salir a la calle trasnochada,
sentir el aire opaco,
trastabillar y apoyarme en el contenedor donde se agolpan
ruedas de bicicleta, lámparas desechadas y un somier,
y en el momento en que intente ajustar la sandalia
–que es altísima y me otorga una ligera cualidad de antílope–
y se acerque el camión de la basura,
pase casual un fotógrafo del País Semanal.
Al enseñar la foto a los cercanos, comentaré distante:
“Es terrible el trabajo que lleva:
te hacen ponerte triste, imaginar mil cosas,
no te dejan dormir... ¡si tuve que colgar un cortina vieja!
Y ahí no acaba la cosa, que me torcí el tobillo”.

Fondo de armario

Sobria y metódica, durante años me vestí de gris.
No quise que mi atuendo me alejara de nadie.
Ni herir ni ser herida, me sentía tan torpe.
Mi armario, tan modesto,
no quería ofender.
Ahora, a buenas horas,
me he comprado ropa de colores y quiero ser hermosa.
Mejor dicho,
rescatar la hermosura, si queda, si existió.
Uno y otro extraños ejercicios de vanidad, sin duda.

Los tacones del drama

Estoy hasta las muelas de profundidades,
de adaggiodealbinoni –¿es que nadie conoce otra música triste?–
de dolor soterrado.

Ya no quiero aura trágica.

Y eso que de lejos favorece.

El drama hace calzar unos tacones
muy altos para diario.

Descubro que me muevo en tierra de sainete
y tampoco es tan malo.

Quiero ocurrencias, superficie, caminar sobre el agua.

Recapitulo, sólo quiero un milagro.

Ataraxia

Si encontrara la lámpara,
si pudiera pedir tres deseos,
los dos primeros serían alguna menudencia:
unas botas de montar y una sesión de spa,
por poner un ejemplo.
Que se confíe el genio,
porque el tercer deseo es el que importa:
serenidad, distancia, contención,
que no son tres, es uno y se llama ataraxia.

Puya Raimondii

Qué daño hacen los libros.

Sobre todo las guías botánicas cuando se leen mal.

Buscando hace algún tiempo un vegetal para mi escudo de armas,

–no era mi mejor momento,

hay que decirlo, por los biógrafos

y para que se entienda–

“ya está –me dije– soy una *Puya Raimondii* al viento de los Andes”.

Cualquier *Puya Raimondii*, recuerdo,

crece durante un siglo y florece una vez.

Alta y hermosa, florece, arde y muere en la puna.

(Como ese árbol que cae en la montaña sin que nadie lo oiga

y entonces no ha caído o sí, pero da igual).

Así yo solitaria, incendiada, tributo del olvido.

Qué look, qué original, qué acierto.

Durante un tiempo, volví fabuladora a la guía botánica,

dulce ebriedad, divina egomanía.

Unos meses más tarde descubrí un par de líneas
que hasta entonces, fugaz, pasé por alto:
las puyas no están solas,
son, por lo general, bosques de puyas.

Horror.

Imaginé cada puerta en mi calle blasonada con la puya flamígera,
cada vecina ardiendo,
cada vecino paseando su cóndor y con su viento andino.

No estoy llamada a estas gregarias combustiones.

Mi narcisismo no puede soportarlo.

Ya no me compadezco.

Preguntas

Son como aceite,
nunca se diluyen.

Cuando se agitan,
principios y trabajos parecen envolverlas
y un instante luce apacible el sol de la certeza.

Un instante.

Luego, tiempo de vuelta, abren la boca inmensa.

Cuestión de densidad.

Deberé contestarlas.

La próxima vez

Esta ciudad es tan pequeña...
Cualquier día nos vamos a encontrar
y ya no voy a hacer que no te veo.
Aunque padezco cierta ftofobia,
llevo gafas oscuras más que nada
para cerrar los ojos en los autobuses
y para que no vean dónde miro.
Pero lo veo todo.
Dos o tres veces que venías de frente
he cambiado de acera. No la próxima.
Ya sé qué decir y cómo hacerlo.

Estenoreste

Me han regalado una brújula.
Desde que llegó a mis manos trato de darle uso.
Mi cama y mi mesa de trabajo marcan estenoreste.
El sofá mira al sur.
Gran decepción.
No vale para mucho el aparato.
Me dice dónde estoy.
Yo quería saber a dónde ir.

Teleología

Ya actúa en mí.

Ya espera la ocasión

Ya ha sucedido, lo que falta es que pase.

La frontera

La vida en la frontera
no es más difícil que cualquier otra vida.
Cierta incomodidad es innegable y nunca somos muchos
pero tiene el encanto de lo nuevo y una adquiere
su propia dimensión frente a la verja
(que no es tan alta como nos contaron
y algunas alimañas ya han excavado túneles).
Una tarde avistamos un grupo en la distancia,
sus costumbres apenas difieren de las nuestras.
No estamos solos.
Cuando hace calor,
esperamos la brisa de la noche y recordamos
los nombres de los monstruos, los peligros,
todos los abismos, todas las amenazas
que nos dijeron que había en la frontera.
Vencido su poder, mueven a risa.

La zarza ardiente

Apareció de pronto en la maceta.
Tal vez vino en la tierra o llegó una semilla con el viento.
Ignoro cómo se reproduce y francamente tampoco importa tanto.
La arranqué de raíz. Varias veces.
Después, me limité a cortar su tallo persistente.
Ahora, dejo que crezca verde y fuerte.
Silvestre y espinosa, desafía al alféizar domesticado y cívico.
Me recuerda que hay batallas perdidas de antemano
y conquistas que son cuestión de tiempo.
He tardado varios años en comprender que si la dejo en paz
conoceré su fruto y su esplendor.
No soy rápida. No. Pero no olvido.
Al pasar, miro cómo se estira al sol de la mañana.
Venció. Me gusta así.

Este libro
terminará de escribirse
cuando tú, lector o lectora,
te reconozcas
en una de sus líneas.





© JULIA SUBIZA PÉREZ

Maite Pérez Larumbe (Pamplona, 1962) ha publicado los poemarios *El nombre que me diste*. Editora Regional de Murcia, 1993, *Mi nombre verdadero*. Pamiela, 1998 y *Consideraciones del torturador*. Bilaketa, 2004.

Ha participado en las antologías: *Antología de la Poesía Navarra Actual*. Ángel Urrutia (Pamplona, 1982); *Antología Poética Vasca a los 50 años de Gernika*. (Madrid, 1987); *“Río Arga”, Revista Poética Navarra*. Charo Fuentes y Tomás Yerro, (Pamplona 1988); *Emakume Olerkariak / Poetas Vascas*. Julia Otxoa (Madrid, 1990); *Antología Bilaketa* (Aoiz, 1991); *Poesía Vasca Contemporánea*. Litoral (Málaga, 1995) y *Río Arga y sus poetas*. Ángel Raimundo Fernández (Pamplona, 2002).

El estudio *Mirror, Mirror on the Page. Identity and Subjectivity in Spanish Women’s Poetry (1975-2000)*. W. Michael Mudrovic, (Lehigh University Press, Cranbury, New Jersey, 2008) dedica un capítulo al poemario *Mi nombre verdadero*.